

Crisis en Vietnam*

POR LEO HUBERMAN Y PAUL M. SWEEZY

Tras la niebla de la censura y las mentiras de la información oficial puede entreverse cada vez con mayor claridad el advenimiento de una alternativa crucial en el problema vietnamés.

El cínico derrocamiento del régimen de Diem-Nhu por parte de Washington, desde luego, nada resuelve. Puede que la nueva junta militar resulte más maleable y dispuesta a obedecer los dictados de la Casa Blanca. Durante algunas semanas el pueblo del Vietnam del Sur, invadido por una sensación de alivio luego de verse libre de sus antiguos tiranos, tal vez haya tenido cierta confianza en que las cosas mejorarían. Pero la política norteamericana de "seguir adelante con el exterminio de comunistas" nunca prometió otra cosa que una dosis adicional de miseria y amargura. Y las esperanzas puestas en el nuevo régimen, que es nuevo sólo en el sentido de que ha producido un cambio de personas en la cúspide del poder, estuvieron condenadas desde el principio a durar muy poco. Ahora es evidente que la caída de Diem y Nhu, lejos de indicar el inicio de un capítulo nuevo, sólo fue un indicio de que el viejo estaba llegando a su fin.

LA OFENSIVA DEL VIETCONG

Después de un breve período de calma el Vietcong —que por supuesto no incluye únicamente a los comunistas sino también a representantes de todos los elementos patrióticos del país— ha expandido la órbita e intensidad de la guerra de guerrillas. Las noticias que se

* Publicado en MR edición estadounidense de enero de 1964.

filtran a través de la censura nos permiten suponer que la situación del gobierno en el delta del río Mekong, tradicional baluarte de los rebeldes, se ha vuelto desesperada. Pero también ha habido, por primera vez en mucho tiempo, informaciones sobre graves derrotas y pérdidas del gobierno en las provincias ubicadas al norte de Saigón. Y ahora llegan noticias de que la creciente oleada rebelde amenaza inundar a la propia Saigón. En un importante despacho transmitido al *New York Times*, Hedrick Smith describe la situación en la capital con estas sombrías expresiones:

Por momentos se siente que el conflicto no está a más distancia que la que separa al condado de Westchester de la ciudad de Nueva York.

A fines del mes pasado, 300 guerrilleros irrumpieron en un campamento fuertemente armado a 20 milas al oeste de Saigón. Infligieron serias bajas y se alzaron con cantidades de armas, dinero y municiones. Desde los techos de Saigón podía oírse el estruendo de la artillería del gobierno. Y en los días despejados, los parroquianos que almuerzan en el restaurante existente en el noveno piso del hotel Caravelle pueden observar cómo los aviones del gobierno arrojan bombas Napalm contra los guerrilleros del otro lado del río Saigón.

Los guerrilleros se arrastran en dirección a Saigón desde casi todos los rumbos, y sus ataques aumentan en audacia. "Han tendido un collar en torno mismo de la ciudad", como lo dijo un vocero militar de los Estados Unidos. (*New York Times*, edición occidental, 7 de diciembre de 1963).

EL RÉGIMEN SE DERRUMBA

Aun sin información detallada o directa puede uno sentirse razonablemente seguro de que este surgimiento de la actividad y el poder de los rebeldes no es moco de pavo, sino que arranca directamente de la constelación de fuerzas desatadas por la caída del régimen de Diem-Nhu. Con anterioridad al golpe de octubre, muchos vietnameses del sur que todavía no veían las cosas muy claras podían percibir sin embargo, con indignación, que su país permanecía a merced de un núcleo evidentemente corrompido, brutal y tiránico, entronizado en el gobierno. Pero ahora que ese núcleo, o al menos sus figuras prominentes, ha sido liquidado, ¿puede pensarse que el pueblo va simplemente a transferir su indignación al grupo nuevo, y a esperar la salvación a través de otro golpe de estado con la consiguiente liquidación? Después de haber visto cómo fracasó el primer experimento en cuanto a reportar alguna mejoría, ¿puede parecerse lógico que el pueblo espere una repetición más positiva?

Las respuestas parecen obvias. El simple derrocamiento de regímenes que sólo se diferencian entre sí por nombres y rostros se prueba cada vez menos provechoso para los pueblos. Podría no importar

El Topo Blindado

indeciso esto si no hubiera alternativas. La historia de muchos países latinoamericanos, por ejemplo, muestra una larga sucesión de regímenes, cada uno igual o peor que el antecesor. El pueblo se ha vuelto escéptico desde mucho tiempo atrás: desecha en un cien por ciento las promesas de sus opresores y está persuadido de que el futuro seguirá deparándole lo mismo de siempre. Pero esto ocurre porque ese pueblo no percibe ni puede imaginar que exista una alternativa.

La situación en el Vietnam es radicalmente distinta. Allí existe una alternativa: el Frente de Liberación Nacional y su brazo armado, el Vietcong, los cuales han venido librando y ganando una dilatada lucha política y militar bajo las condiciones más difíciles y frente a los mayores peligros. Desilusionado por la junta que sucedió a Diem, el sufriente y amargado pueblo del Vietnam del Sur no puede dejar de dirigir sus ojos y sus pensamientos hacia las guerrillas que hoy representan su única esperanza de paz y de una vida mejor.

Si nuestra deducción es correcta, esa conducta popular es evidentemente la que da justificativo a dos tipos de reacciones. Muchos de los que hasta ahora han permanecido indecisos o incluso esperaron el mejoramiento dentro de la estructura existente, se pasan al bando de los rebeldes. Y muchos que por una razón u otra no están en situación de unirse a los rebeldes dejan de apoyar al gobierno o comienzan a sabotearlo. Ambas reacciones frente a la situación política alteran el equilibrio de fuerzas en favor de los rebeldes y contra el gobierno; en conjunto, ellas ayudan a explicar la modificación dramática de la situación militar que se ha operado en las semanas recientes.

LOS TRES BANDOS

A esta distancia resulta, desde luego, totalmente imposible predecir la evolución futura de los sucesos. Pero la dirección en que avanzan éstos ya parece irreversible. Y teniendo en cuenta la eventualidad —nada improbable por cierto— de que el bando rebelde siga creciendo por efecto de un vuelco popular masivo o de un proceso regular y continuo de captación de voluntades, corresponde tomar muy en serio la posibilidad de que las cosas alcancen rápidamente su alternativa crucial. Recuérdense los últimos meses de la lucha contra Batista en Cuba, cuando las masas se volcaron decisivamente a las filas rebeldes y ni las tropas del tirano, armadas como estaban, pudieron contenerlas. Una vez que apareció con nitidez a la vista del pueblo, el final sobrevino rápidamente.

Sin embargo, el desenlace en el Vietnam no puede ser el mismo

que en Cuba. En la arena cubana disputaban sólo dos bandos: los rebeldes y el gobierno. En el Vietnam hay tres: el Vietcong, el gobierno y los Estados Unidos. Si el gobierno sucumbe, como cayó Batista, el Vietcong no podrá ascender sencillamente al poder como lo hicieron los fidelistas: todavía seguirán frente a él los Estados Unidos, con miles de soldados ya sobre el terreno y decenas de miles listos para ser aerotransportados a la primera noticia¹.

Es esta perspectiva de enfrentamiento la que constituye el meollo de la histórica crisis que parece apuntar en el Vietnam. Y sus consecuencias, como en las crisis anteriores ocurridas en el Lejano Oriente desde la guerra mundial, dependerán esencialmente de la política norteamericana.

Washington tendrá que decidir entre dos vías de acción radicalmente distintas: establecer la dominación militar norteamericana en el Vietnam del Sur y asumir plena responsabilidad en la conducción de la guerra, o bien hacer la paz. Es importante que tratemos, mejor ahora que más tarde, de comprender las implicaciones de estas alternativas fundamentales.

En tanto la guerra sea conducida por un gobierno survietnamés, su objetivo, si bien inalcanzable, está definido: liquidar las guerrillas y restablecer la paz y el orden. En estas circunstancias, los Estados Unidos aparecen bajo el disfraz de un amigo y colaborador, tratando de hacer por el gobierno local lo que la Unión Soviética hizo por Kadar en 1956. Pero si el gobierno local sucumbe, ¿cuál será el papel de los Estados Unidos? ¿Podrán seguir éstos persiguiendo los mismos objetivos bélicos?

La respuesta es que los Estados Unidos asumirían entonces la postura de un ocupante militar, y el objeto de continuar la guerra como asunto estrictamente survietnamés sólo podría ser el de mantener una perfecta colonia militar en el continente asiático. Dejemos totalmente en claro una cosa: en el mundo de nuestros días esa no sería una situación sostenible para los Estados Unidos. Ningún país puede librar una guerra para mantener su propio control sobre un

¹ Al respecto confrontar las declaraciones del secretario de Defensa de los EE. UU. Robert McNamara ante el Congreso el día 27 de enero de 1964.

"El secretario de Defensa Robert McNamara dijo hoy al Congreso que el derrocamiento del gobierno de Ngo Dinh Diem en Vietnam del Sur no ha podido cambiar el curso de la guerra contra los comunistas y que los rojos «han hecho considerables progresos desde que se realizó el golpe de estado»... advirtió que si la situación no mejorase, no veía otra alternativa que «tomar todas las medidas necesarias a nuestro alcance para evitar una victoria comunista»." (*La Prensa de Buenos Aires*, 28 de enero de 1964.) (N. del T.)

El Topo Blindado

estrato extraño con respecto al cual no tiene ni sombra de derechos legales o históricos de soberanía. Para justificar la prolongación de la guerra habría que exponer objetivos nuevos y más amplios, y por consiguiente el carácter de la guerra tendría que ser modificado.

¿OTRA COREA?

No hay ningún misterio acerca de cuáles serían los nuevos objetivos de una guerra: unificar el Vietnam y cortar las presuntas raíces de las fuerzas "subversivas" que hacen imposible toda solución del problema dentro de los confines del Vietnam del Sur. Lo que escribimos sobre la guerra coreana al conmemorar el primer aniversario de su iniciación, hace más de doce años, se aplica con toda fuerza y eficacia a la actual guerra del Vietnam:

Fue este un caso en que... resultaba necesario, o bien seguir adelante, o bien retroceder. La guerra coreana tuvo una lógica propia que se afirmaba por sí misma cualquiera fuera la voluntad de los individuos que parecían librarla: había que expandirla o había que detenerla" ("Korea — One Year Later", MR edición estadounidense de agosto de 1951, p. 116).

En el caso de la guerra de Corea, ella fue expandida —una vez—. Fue cuando MacArthur, con la aquiescencia de Truman cruzó el paralelo 38º y llevó la guerra a Corea del Norte. Pero cuando MacArthur, representando a poderosas fuerzas de los Estados Unidos, y a individuos desesperados como Rhee y Chiang en Asia, intentó la segunda expansión dentro de la propia China, Truman retrocedió. De nuevo la lógica de la guerra operó por sí misma, aun sangrante y agonizando. Después, el sucesor de Truman le puso punto final.

El gran interrogante, en Vietnam, es si se repetirá aquel proceso. Las fuerzas norteamericanas, frenadas en el Vietnam del Sur, ¿irán a avanzar sobre el Vietnam del Norte? Si lo hacen, China correrá desde luego en ayuda de su aliado, y quedará planteado ineludiblemente el azaroso problema de la segunda expansión. En Corea, la decisión fue por la paz; pero quienes son lo suficientemente crecidos como para recordar los inquietantes meses de diciembre de 1950 y enero de 1951, y la "crisis MacArthur" que vino después, saben qué ajustado fue aquel equilibrio, cuán peligrosamente se estremeció el mundo, casi al borde del desastre. ¿Tendremos que volver a pasar por esto, sin tener seguridad alguna de que la decisión sea esta vez por la supervivencia de la raza humana?

CONCLUSIÓN

La alternativa, lógicamente, es hacer la paz en el Vietnam. Puede lograrse en términos honrosos y sin pérdida de prestigio para nadie. Lo que se necesita es sencillamente que los términos del acuerdo de Ginebra de 1954 sean respetados con honestidad. Inmediatamente después de la conferencia de Ginebra, escribíamos:

La solución de Ginebra para la guerra de Indochina fue un verdadero compromiso que, presuponiendo buena voluntad y buen sentido de ambas partes, puede reportar grandes beneficios a todos los interesados. Esto resulta de suficiente evidencia por lo menos en cuanto hace a los vietnameses. No sólo obtienen ellos la paz después de ocho años de la guerra más cruel; además, se les promete la unidad de su país en términos que a los propios franceses les sería difícil burlar, aun en el caso de que fueran lo suficientemente necios como para intentarlo". ("Las consecuencias de Ginebra", MR edición norteamericana, setiembre de 1954, p. 161).

Digamos, en mérito de los franceses, que no fueron lo suficientemente necios como para atenuarlo; ese papel ignominioso fue asumido por las Naciones Unidas. Ahora, después de otros nueve años de la guerra más cruel, la tontería del esfuerzo ha quedado palmariamente demostrada a los ojos de todo el mundo. ¿No es tiempo ya de reconocerlo honesta y francamente, y volver al camino de la negociación y el pacto?

No queremos sugerir que el acuerdo de Ginebra de 1954 se adecúe plenamente, en todos sus detalles, a la actual situación. Mucho ha cambiado en los últimos nueve años, y sin duda podría elaborarse un instrumento nuevo y más apropiado. Si es así lo que evidentemente se necesita es una nueva conferencia de Ginebra para actualizar el trabajo de aquella de 1954. Pero los principios subyacentes en el viejo acuerdo son hoy tan válidos como hace nueve años. Ellos son, para decirlo en términos simples, la autodeterminación del pueblo vietnamés y la garantía internacional de inviolabilidad del territorio del Vietnam.

El Topo Blindado

particular por Berle (2), y retomada por muchos otros, entre los que se incluyen economistas profesionales (diríjase particularmente a Kaysen (11), ahí obtendrá una declaración clara y concisa). En lugar de la tradicional corporación "sin alma" surge la actual corporación "con alma" que promete lo mejor no sólo para los accionistas sino también para la mano de obra, los clientes, los proveedores y el público en general. Se supone que un sistema dominado por corporaciones con alma operará de manera diferente al viejo capitalismo orientado hacia el beneficio. De escucharlo a Berle, realmente uno obtiene la impresión de que las corporaciones modernas han instituido un régimen basado en la planificación económica, muy similar, en principio, al que predomina en la Unión Soviética. Es natural que semejante sistema no se vea amenazado por desigualdades e inestabilidades propias del viejo capitalismo.

Oligopolio desenfrenado. John Strachey (16) es casi el único teórico del nuevo capitalismo (suele denominarlo "última etapa del capitalismo") que sostiene que *en el terreno económico exclusivamente* el sistema oligopólico de las grandes corporaciones tiende a desarrollar una *mayor inestabilidad y desigualdades más agudas* que el orden capitalista competitivo. Esto se debe a que Strachey cree, en oposición a Berle y el resto, que la corporación gigante está orientada hacia el beneficio, y que su mayor poder sobre el mercado le permite obtener ganancias mucho mayores que las que podían soñar sus antecesores competitivos. A su vez, las ganancias elevadas son fuente de inestabilidad y desigualdad (este pensamiento proviene de todo un estilo de razonamiento común tanto al keynesianismo como al marxismo; ambas corrientes invaden, con mesura, la teoría económica de Strachey). Si, por el contrario, el nuevo capitalismo, en lugar de descomponerse *funciona con mayor justicia y eficacia* que el viejo, la explicación, según Strachey, reside en la política más que en la economía del sistema. Y esto nos conduce a un tema que más vale tratarlo bajo otro encabezamiento: el papel del Estado en el nuevo capitalismo.

PAPEL DEL ESTADO EN EL NUEVO CAPITALISMO

Todas las teorías sobre un nuevo capitalismo le asignan al Estado tanto un papel diferente como más completo al que debía desempeñar, según las teorías clásicas y marxistas, de acuerdo con el *modus operandi* de la sociedad capitalista. Sin embargo, hay, entre ellas, diferencias de interpretación y énfasis.

Como hemos visto, John Strachey entiende que los desarrollos

ulteriores económicos tendieron a empeorar el desempeño del capitalismo, pero no obstante cree que estas diferencias han sido más que compensadas sobre el terreno político. En este contexto, la "democracia" es la fuerza activa, y opera de diversas maneras (a través de los sindicatos y de los partidos políticos basados en el trabajo, por supuesto, pero también desde los partidos conservadores) y utiliza los medios más variados para lograr sus propósitos de ocupación plena, igualdad, bienestar social, etc. La lucha entre la democracia y las tendencias inherentes al capitalismo corporativo es irreversible y sólo finalizará con la supresión de la democracia o la transformación del sistema en un socialismo acabado. Mientras tanto, sin embargo, el capitalismo entrará en su apogeo como co-productor de esta lucha. Según Strachey, éste es el secreto de la actual y última fase del capitalismo.

Una teoría igualmente sofisticada pero diferente en contenido ha sido expuesta por el partido gobernante de Yugoslavia (17). Según este punto de vista, el factor decisivo no es tanto la "democracia" como la burocracia de estado, que supuestamente debe lograr un grado considerable de independencia en los países capitalistas más avanzados. Este estrato, relativamente independiente, con facultades gubernativas, puede llevar a cabo algunas reformas y poner en práctica determinadas políticas que modifiquen los pilares fundamentales del sistema capitalista tradicional. Desde una perspectiva mayor, los teóricos yugoeslavos encaran a este estado de cosas como transitorio, pues trasciende parcialmente el capitalismo y establece los fundamentos para el crecimiento socialista del futuro.

Los escritores norteamericanos sobre el nuevo capitalismo acentúan también el papel del Estado, pero no consideran necesario presentar una teoría política que lo explique o justifique. Los siguientes factores o etapas son los que supuestamente han empujado al Estado a desempeñar un nuevo papel económico: los experimentos pragmáticos del *New Deal*, las sugerencias de la teoría keynesiana, las compulsiones de la guerra y la guerra fría. Pero cualquiera sean sus ideas acerca de los factores causales, estos escritores norteamericanos concuerdan estrechamente en dos puntos: primero, que el nuevo rol del Estado es permanente y puede estudiarse como rasgo propio del sistema; y segundo, queda garantizada la habilidad del Estado para evitar una seria depresión —al margen de lo que suceda en el campo de los armamentos. Fuera de esta área de acuerdo, hay desde luego, diferencias acerca de cuánto se le debe al Estado por la actuación relativamente favorable del capitalismo en estos últimos años, y en qué medida y para qué tipo de acciones se requerirá en el futuro la participación del Estado. Algunos autores de índole "empresaria", como

Berle y Galbraith, *Fortune*, generalmente subestiman la importancia del Estado; en cambio los "partidarios" del *New Deal*, como Galbraith, creen que el papel del Estado inevitablemente continuará expandiéndose en el futuro. En la práctica puede notarse, que la posición de este último grupo es casi idéntica al enfoque aparentemente más radical o socialista de Strachey, postura que accidentalmente es compartida por los Social Demócratas más esclarecidos de Europa.

DUDAS Y CRÍTICAS

Todas las ideas y teorías expuestas aquí, han sido naturalmente objeto de estudio y críticas, a menudo desde el campo de los creyentes en el nuevo capitalismo y quizá con más frecuencia por parte de los sectores más ortodoxos y escépticos compuesto de economistas profesionales. Nos debemos contentar ahora con una brevísima revisión de las dudas y críticas más importantes esbozadas.

Proveniente de los economistas profesionales, la crítica más devastadora ha sido formulada por E. S. Mason⁽¹³⁾, profesor de Economía en la Universidad de Harvard y anteriormente Decano de la Escuela para Graduados de Harvard en Administración Pública. Mason realizó un trabajo muy completo para demostrar que todo el pensamiento "empresarial", en todas sus gamas —y en esta clasificación incluye lo que nosotros resumimos bajo el título de nueva competencia, fuerza contrarrestante, y corporación con alma— es, para decirlo lisa y llanamente, superficial y tiene pocos visos de seriedad. Sobre los expositores de la nueva competencia dice "difícilmente hayan empujado a asir los problemas reales implícitos en su visión de la estructura y funcionamiento de los mercados industriales". Y podría haber agregado, que y cuando hayan asido estos problemas (una continuidad altamente fortuita, dicho sea de paso) se encontrarán con que aun las formas más vigorosas de competencia no podrán alterar la lógica del argumento de John Strachey, de que el oligopolio, librado a sus propias fuerzas, representa mayores ganancias, y que beneficios más elevados implican más inestabilidad y desigualdad. Con respecto al poder contrabalanceador, Mason afirma que "dichos poderes nunca han podido explicar por qué el contrabalanceo conduce meramente a una distribución equitativa de los beneficios del monopolio a expensas del resto de la economía". Esto nos recuerda la sagaz observación de uno de los primeros críticos del libro de Galbraith⁽⁹⁾ en el sentido de que posiblemente algunas de las supuestas fuerzas con-

trabalanceadoras proporcionen más poder que el que balancean (*). Y sobre la atribuida beneficencia de las corporaciones con alma, Mason dice lo siguiente:

Imagínense una economía compuesta por un par de cientos de corporaciones gigantes, cada cual con un poder sustancial sobre el mercado, y todas dirigidas por directorios con "conciencia". Cada directorio desea hacer lo mejor para el sector trabajo, clientes, proveedores y propietarios. ¿Cómo se determinan los precios en una economía semejante? ¿Cómo se remunera a los distintos factores, y qué relación hay entre remuneración y desempeño? ¿Cuál es el mecanismo, si existe, que asegura el uso más eficiente de los recursos, y cómo pueden los directivos "favorecer" al trabajo, los proveedores, los clientes y los propietarios, si al mismo tiempo pretenden atender a los intereses públicos?... Yo no puedo encontrar una respuesta razonable a estas cuestiones en la literatura empresarial.

La respuesta consiste, por supuesto, en que si unos cientos de corporaciones soberanas se encargan, cada una, individualmente, de planificar en aras del interés público, el resultado no daría un nuevo capitalismo sino simplemente el caos. Por fortuna para el capitalismo, éste no es uno de los problemas más apermiantes. El profesor James Earley⁽⁷⁾, de la Universidad de Wisconsin, ha demostrado en base a estudios empíricos, que nunca los empresarios se preocuparon por analizar, que la corporación gigante moderna está más, y no menos, orientada hacia el beneficio que su predecesor de menor escala.

La crítica de Mason a las teorías empresariales supera sus propósitos al menospreciar, como nunca se ha hecho, al capitalismo, viejo o nuevo. Su interés por estas teorías parte de la creencia de que una nueva racionalización o justificación del capitalismo (o según sus palabras, una "apología") se requiere para reemplazar a la teoría clásica en desuso, basada en el supuesto de la libre competencia. El examen de Mason sobre las distintas versiones del empresarialismo —y bajo este concepto él incluye la mayor parte de lo que nosotros entendemos por teorías sobre el nuevo capitalismo— demuestra, sin embargo, que nada es de esperar de este sector. "El ataque a la apología del capitalismo en el siglo 19 ha sido un éxito", concluye, "pero ahora estamos desprovistos de una apología contemporánea satisfactoria". Y agrega que sospecha que "los psicólogos, los sociólogos y posiblemente, los científicos políticos" estén más capacitados para contribuir con ella que los economistas. El artículo finaliza con un broche de preocupación: "Ya es hora que se los llamese a su trabajo."

Mason tiene toda la razón del mundo en atribuirle importancia a los economistas para realizar esta tarea. La lógica íntegra de

* C. L. Christenson, en el *Journal of Political Economy*, de junio de 1952.

El Topo Blindado

La teoría aquí planteada apunta a la conclusión esbozada por John Strachey: la tendencia inmanente de una economía oligopólica de corporaciones gigantes se dirige hacia una mayor desigualdad e inestabilidad. Este argumento no ubica a su autor en contra de semejante economía (en tanto opuesta al capitalismo competitivo en pequeña escala) desde el punto de vista de su progreso tecnológico superior. Es evidente que en una era de ciencia e investigación organizadas, la gran corporación está mucho mejor equipada para innovar que el empresario individual (*). Sin embargo no hay por qué igualar al rápido avance tecnológico con oportunidades ilimitadas para invertir. Un ritmo elevado de progreso tecnológico puede ser financiado por los márgenes de la depreciación —en este caso, no intervendría la inversión neta— y en la medida en que las nuevas técnicas ahorren tanto trabajo como capital, pueden exacerbar cómo mejorar el problema de proporcionar salidas para las inversiones provenientes de la marea rápida de beneficios que las corporaciones gigantes tienden a generar. Cualquier satisfacción derivada del despliegue de técnicas provistas por las corporaciones gigantes, no debe conducir a suponer que, librada a sus fuerzas, una economía dominada por ellas funcionaría más satisfactoriamente que el viejo capitalismo al cual reemplazó.

Esta cuestión nos lleva nuevamente al papel del estado. ¿Qué opinamos sobre la teoría de Strachey de que la "democracia" es el factor diferencial del funcionamiento del capitalismo? Si confináramos la atención a Gran Bretaña de post-guerra y algunos pocos más países pequeños de Europa Occidental, quizá pudiera encontrarse alguna explicación para esta teoría, pero como generalización no quedan soportes para apoyarla. El primer experimento en gran escala del Estado Benefactor fue llevado a cabo por la Alemania Imperial bajo el manto de Bismarck; difícilmente sea éste un modelo de democracia. Y la primera aplicación, exitosa si bien inconciente, de la economía keynesiana ha sido la obra de Hitler. Simultáneamente los Estados Unidos bajo *New Deal*, estaban en lo que podría denominarse la fase más democrática de la historia completa del país; sin embargo, continuaron sufriendo por la desocupación masiva en una escala sin precedentes. A la luz de estas consideraciones resultará difícil tomarse en serio una teoría que atribuye a las motivaciones democráticas de la intervención estatal, el cambio fundamental en el funcionamiento del capitalismo.

* Vea el artículo de Morrison, a ser incluido en esta serie. Allí encontrará una estimación de la medida en que las innovaciones de la economía norteamericana deben su existencia a los preparativos de guerra.

La teoría yugoeslava sobre la burocracia estatal independiente, es en todo caso, menos convincente que la anterior. En lo que a los Estados Unidos respecta, por ejemplo, nunca se sufrió una etapa en que todo el aparato descansó en manos del Gran Capital como durante la década de 1950.

Bueno, no fue por señalar el incremento del papel económico del estado bajo el capitalismo, que estos escritores se equivocaron. La propia observación directa no puede desmentir la realidad en que semejante aumento se ha dado y que hizo sentir sus efectos sobre el funcionamiento del capitalismo. Pero ésta parecería ser una tendencia a largo plazo que operó tanto bajo gobiernos democráticos como dictatoriales, y que no tiene nada que ver con el carácter de la burocracia estatal. Lo que las teorías expuestas no contestan, y ni siquiera aproximan con algún grado de éxito o seriedad, es cómo se relaciona con el capitalismo y exactamente en qué sentido se le atribuye el haber producido un *nuevo* capitalismo. Lo cierto es que estas teorías, purgadas en sus propios errores e ilogicidades, se sintentizan en un par de proposiciones simples acerca de la importación económica adquirida por el estado y la ausencia de agudas o prolongadas depresiones en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial. En este sentido las teorías son bastante comunes, y en la misma medida, nada esclarecedoras.

Concluiré el trabajo con algunas sugerencias acerca de lo que me parece debiera ser la perspectiva marxista de las cuestiones planteadas en este artículo.

En primer lugar, el hecho que se llame al capitalismo actual, "nuevo" o "última etapa", no representa una cuestión de mayor importancia. En cambio vale, sí, la pena reconocer —y no perder de vista— el hecho de que en varios sentidos el sistema ha funcionado mejor últimamente que en el pasado. Esto es particularmente cierto en cuanto a la severidad (aunque no frecuencia) de las depresiones.

Segundo, las teorías sobre el "nuevo capitalismo" tienen razón al acentuar que el modelo tradicional competitivo, y de auto-ajuste, ya no es aplicable. También están en lo justo al insistir en el papel *dominante* de la corporación monopolista (u oligopólica) gigante.

En tercer lugar, John Strachey no se equivoca al argumentar que la tendencia imanente de la economía capitalista dominada por corporaciones gigantes está dirigida hacia un aumento de la desigualdad de la inestabilidad. Frente a la ausencia de fuerzas contrarrestantes, dicha economía tiende a hundirse en una depresión crónica y auto-destructiva —como de hecho incurrió en ella la economía norteamericana en los años posteriores a 1929.

El Topo Blindado

Baran y el sistema mismo —en lugar de la “democracia” o de una burocracia estatal independiente— genera las fuerzas contrabalanceadoras. Todas ellas pueden resumirse bajo la denominación general de desperdicio. Cierta desperdicio es privado —el arte de vender, embaucar, la planificación de lo obsoleto, y así sucesivamente. No obstante, el desperdicio privado es insuficiente y es deber del estado asistirlos. Gracias a la democracia y la supuesta independencia que una burocracia estatal puede poseer, hay una tendencia en el estado a embarcarse en programas de bienestar u otra clase de proyectos útiles, pero los intereses creados empotrados en el sistema, oponen los obstáculos más potentes de cualquier tipo, de modo que (hasta ahora por lo menos) la única actividad del gobierno permitida en una escala adecuada ha sido exclusivamente la carrera armamentista, actividad de desperdicio. *No debería olvidarse en ningún momento que en términos cuantitativos, el único rasgo nuevo del capitalismo de post-guerra ha sido el incremento enorme de su presupuesto militar. Cualquier otro gasto gubernamental mantiene casi el mismo porcentaje del Producto Bruto Nacional que en 1929.* Por otra parte, sólo el deseo podría negar que, si el presupuesto militar se redujera a las proporciones de la década de 1930, la economía se revertiría a las condiciones de la década del 30.

Por último, no corresponde a la perspectiva marxista pensar que todo esto es inevitable y debe permanecer tal cual hasta el día de la revolución socialista. Quizá, en un mundo virando hacia el socialismo, un determinado movimiento democrático logre, en los países capitalistas avanzados —o por lo menos en unos cuantos— el real sustituto del estado de guerra: el estado benefactor. Pero esto aun no ha sucedido.

Obras escogidas con referencia al “Nuevo Capitalismo”.

- 1 Baran, Paul A., “Reflections on Underconsumption” en Moses Abramovitz y otros, *The Allocation of Economic Resources: Essays in Honor of Bernard Francis Haley* (1959).
- 2 Berle, A. A., Jr., *The 20th Century Capitalist Revolution* (1954).
- 3 Berle, A. A., Jr. y Means, Gardner C., *The Modern Corporation and Private Property* (1932).
- 4 Burnhaw, James, *The Managerial Revolution* (1941).
- 5 Clark, J. M., “Toward a Concept of Workable Competition”, *American Economic Review*, junio de 1940.
- 7 Earley, James, en la Asociación Económica Norteamericana, *Papers and Proceedings 1956*, mayo de 1957.
- 8 Editores de Fortune, U.S.A.: *The Permanent Revolution* (1951)
- 9 Galbraith, J. K. *American Capitalism* (1952)

- 10 Galbraith, J. K., *The Affluent Society* (1958)
- 11 Kaysen, Carl, “The Social Significance of the Modern Corporation”, en la Asociación Económica Norteamericana, *Papers and Proceedings 1956*, mayo 1957.
- 12 Lilienthal, David, *Big Business: A New Era* (1952)
- 13 Mason, E.S., “The Apologetics of ‘Managerialism’”, *The Journal of Business* enero de 1958.
- 14 Mason, E. S., Dexter M. Keezer, ed., “The Antitrust Laws: A Symposium”, *American Economic Review*, junio de 1949.
- 15 Schumpeter, J. A., *Capitalism, Socialism, and Democracy* (1942)
- 16 Strachey, John, *Contemporary Capitalism* (1956)
- 17 *Yugoslavia's Way: Program of the League of Communists of Yugoslavia* (1958)

El Topo Blindado **pasado y presente**

REVISTA DE IDEOLOGIA Y CULTURA

LEON ROZITCHNER: *Marxismo o Cristianismo*
ANTONIO BANFI: *El problema sociológico*
ERIC J. HOBBSWAUM: *Para un estudio de las clases subalternas*
NOE JITRIK: *El escritor reaccionario*
ENRIQUE L. REVOL: *Trabajo, símbolo y evolución humana*
OSCAR DEL BARCO: *Metodología histórica y concepción del mundo*
JUAN C. TORRE: *Robert Lynd y la crítica de la sociología*

MUNDO CONTEMPORANEO

EL STALINISMO Y LA RESPONSABILIDAD DE LA
IZQUIERDA

JOSE ARICO: *Introducción*

PALMIRO TOGLIATTI: *Sobre el XXII congreso del PCUS.*

GIAN CARLO PAJETTA - ALESSANDRO NATTA: *Reflexiones
sobre la democracia en el Partido.*

GIORGIO AMENDOLA: *Nuestras corresponsabilidades.*

RECENSIONES — LIBROS — CRONICAS.

Nº. 2-3

Ediciones PASADO Y PRESENTE

Vittorio Strada - Rossana Rossanda

Arte y Partidismo

EL DISCURSO DE NIKITA JRUSCHOV SOBRE ARTE Y EL
CONTRADICTORIO PROCESO DE DEESTALINIZACION.
LOS ESCRITORES SOVIETICOS Y EL XXII CONGRESO DEL
P.C.U.S. LA ORGANIZACION DE LA CULTURA Y LA LIBER-
TAD CREADORA. ARTE Y REVOLUCION.

Pedidos a:

EDITORIAL PERSPECTIVAS
AV. PTE. ROQUE SAENZ PEÑA 760-5º PISO OF. 531
BUENOS AIRES

Revista de la
Liberación

Nº. 3 1º trimestre 1964

en este número:

PERSPECTIVAS REVOLUCIONARIAS DE LA ARGENTINA

DOS TRABAJOS DE ANALISIS SOBRE LA REVOLUCION CUBANA

y además:

- REPORTAJE A LA GUERRILLA VENEZOLANA
- HABLAN LOS INTELLECTUALES, Juan J. Sebrelli
- TREINTA AÑOS DE VIDA NACIONAL
1. La Argentina antes de 1943, por J. Speroni
- REPORTAJE A CHINA, por B. Kordon
Muerte y resurrección de Loyán.

Y además: notas, comentarios, libros.

Correspondencia a: CC 66 - Suc. 34 (B)
Distribución en Capital Federal:
Pedro Sirera - Corrientes 1557

Ejemplar \$ 30.-

LECTOR...

Si Ud. está de acuerdo con que estas Selecciones en Castellano de MONTHLY REVIEW, satisfacen una real necesidad, comprenderá que es de suma importancia lograr el máximo posible de nuevos lectores.

Es por ello que para continuar con éxito nuestra tarea, nos resulta imprescindible contar con su efectivo apoyo y cooperación.

UD. ES NUESTRO SUSCRIPTOR, ENTONCES PUEDE

Sugerir a sus amigos y conocidos que se suscriban.
Hacer una contribución económica.

Renovar oportunamente su suscripción.

SI UD. NO SE HA SUSCRITO AUN:

Hágalo a partir del octavo número.

Recuerde que todo lo que necesitamos es su nombre, dirección y el valor de una suscripción.

RECUERDE

Que los suscriptores de MONTHLY REVIEW —Selecciones en Castellano— gozan de un 30% de descuento sobre todo el material que editemos o distribuyamos.

EL PRECIO ES DE:

UN AÑO	m\$n.	480.—	en la Argentina
	Dls.	5.—	en el exterior
SEIS MESES	m\$n.	250.—	en la Argentina
	Dls.	2,50	en el exterior
TRES MESES	m\$n.	130.—	en la Argentina
	Dls.	1,30	en el exterior

DIRIJASE A:

EDITORIAL PERSPECTIVAS S.R.L. (E. F.)

Av. Pte. Roque Sáenz Peña 760

Capital Federal

República Argentina

Ejemplar \$ 50.—